

Amigos nocturnos

Graham Joyce

Traducción de David Cruz Acevedo



Título original: *The Tooth Fairy*  
Primera edición

© Graham Joyce, 1996

Ilustración de portada: © blacksheep

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:  
© 2009, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón».  
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

[informacion@lafactoriadeideas.es](mailto:informacion@lafactoriadeideas.es)  
[www.lafactoriadeideas.es](http://www.lafactoriadeideas.es)

ISBN: 978-84-9800-500-4 Depósito Legal: B-27398-2009

Impreso por Litografía Rosés S. A.  
Energía, 11-27  
08850 Gavà (Barcelona)  
Printed in Spain - Impreso en España

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) vela por el respeto de los citados derechos. 9

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a

**[informacion@lafactoriadeideas.es](mailto:informacion@lafactoriadeideas.es)**, que indique claramente:  
**INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS**

A Christopher Fowler

# 1

## El lucio

Clive estaba en el extremo más alejado del estanque verde torturando a un tritón crestado. Sam y Terry holgazaneaban bajo un inmenso sauce con los regordetes pies dentro del agua oscura. El vasto sauce se inclinaba sobre el espejo del estanque y moteaba la superficie con nítidos reflejos de hojas y ramas, así como de bellotas que maduraban lentamente en el interior de verdes copas.

El verano estaba en su esplendor. Las palomas arrullaban con delicadeza en los árboles, y la familia de Clive merendaba en las cercanías. Dos chicos mayores pescaban percas a unos treinta metros de donde se encontraban. Sam vio el lucio durante solo un segundo. Al principio creyó que era un tronco sumergido. Flotaba a unos centímetros de la superficie, absolutamente inmóvil, como si estuviese atrapado en hielo. Era un fantasma verde y dorado, un espíritu de otro mundo. Sam intentó murmurar una palabra de advertencia, pero la aparición del lucio lo tenía hipnotizado. Relampagueó en la superficie del agua al ascender y arrancar de un bocado dos pequeños dedos del pie izquierdo de Terry.

El ser había desaparecido antes de que Terry comprendiera qué había pasado. Sacó el pie del agua lentamente. Allí donde habían estado sus dos dedos ahora brillaban dos pequeñas perlas carmesíes. Terry se giró hacia Sam con una sonrisa de perplejidad como si le estuviesen gastando una broma. Cuando la herida comenzó a doler, la sonrisa se desvaneció y comenzó a gritar.

La madre y el padre de Clive, que estaban a cargo de los niños aquella tarde, estaban tumbados sobre la hierba, él con la cabeza sobre el regazo de ella. Sam corrió hacia ellos. El padre de Clive alzó la cabeza para ver a qué venía tanto alboroto.

—A Terry le ha mordido un pez verde —dijo Sam.

El padre de Clive se puso de pie y corrió por la orilla. Terry aún estaba gritando mientras se agarraba el pie. El señor Rogers se arrodilló para separar las manos de Terry al tiempo que su rostro se quedaba lívido. De forma instintiva, se llevó el pequeño pie de Terry a la boca y succionó la herida.

La madre de Clive acudió rápida adonde se encontraba su marido. Los dos chicos que estaban pescando abandonaron las cañas y se acercaron para echar un vistazo.

—¿Qué ha pasado? ¿Se ha caído al agua?

Clive aún estaba al otro extremo del estanque. Sam lo llamó. El señor Rogers, con las manos temblorosas, pidió con voz entrecortada un pañuelo. Lo ató alrededor del pie ensangrentado, cogió en brazos a Terry y corrió de vuelta hacia la urbanización.

Clive llegó sin aliento.

—¿Qué pasa?

—Vamos —dijo su madre con sequedad, como si fuese culpa de Clive.

Recogió la manta de la merienda y a los chicos y abandonaron el lugar de recreo. Los dos mayores aún preguntaban qué había pasado, pero ella no dijo nada.

Sam iba detrás, pensando en que Terry tan solo tenía cinco años y la vida le había arrancado dos dedos del pie, casi seguro que para siempre. Él esperaba tener más suerte en la vida.

El padre de Clive corrió los ochocientos metros que lo separaban de la caravana de Terry. Allí vivía Terry con su madre y su padre y sus dos hermanos gemelos, que aún no tenían nueve meses. La familia Morris vivía en una caravana Bluebird toda oxidada en medio del jardín trasero de una casita de campo. Pagaban un pequeño alquiler por el solar al dueño, un anciano que nunca salía de su hogar. Sam vivía en una hilera de casas adosadas más arriba de la casa del anciano, a siete números de Terry.

La caravana se asentaba sobre pilas de ladrillos rojos que ocupaban el lugar donde debían haber estado las ruedas. Estaba encajada contra un seto tan lejos de la casa como era posible. El seto tenía un montón de agujeros hechos por animales y niños de los alrededores, tras el cual se extendía un trecho de solar lleno de hierbajos.

El estatus que el señor Morris había perdido por vivir en una caravana lo intentaba recuperar con un coche deportivo que se había comprado. El padre de Sam, de hecho, no podía permitirse un coche por aquel entonces, ni tampoco el viejo de Clive. A los chicos les parecía una injusticia que los padres de Sam y Clive trabajaran en una fábrica de coches y no tuvieran uno, mientras el padre de Terry, cuyo trabajo resultaba un misterio para todo el mundo, era el orgulloso dueño de un MG descapotable con ruedas de radios que destellaban en el jardín junto a la caravana oxidada.

Esa tarde de domingo, Eric Rogers llevó en brazos a un Terry aún lloroso desde el estanque hasta la caravana y abrió de golpe la puerta para encontrar a los Morris en mitad de un acto privado. Los gemelos dormían en su cuna. El señor Morris profirió un improperio y el señor Rogers retrocedió con su compungida carga mientras gritaba que deberían ocuparse de su hijo. Chris Morris emergió con los ojos desorbitados mientras luchaba con la cremallera de los pantalones. Unos momentos más tarde metió a Terry en la parte de atrás del MG y encendió el motor. La señora Morris, toda sonrojada por la situación, salió de la caravana con un camisón de seda descolorido, con los rizos de color caoba derramándose por todas partes, e insistió en ir con ellos. Entonces recordó que los gemelos dormían en la cuna. El señor y la señora Morris comenzaron a gritarse antes de que el señor Morris saliera a toda velocidad hacia el hospital.

Pero ¿qué se podía hacer? En la sala de heridos vendaron el piececito de Terry y le pusieron una inyección antitetánica. Le acariciaron sus dorados cabellos y le dijeron que tenía que ser valiente como un soldado. No le podían ofrecer dedos de repuesto.

—¿Un lucio? —repitió el doctor con incredulidad—. ¿Un lucio, dice?

Nev Southall, el padre de Sam, vio como el MG verde volvía del hospital. Tras oír a Sam contar la historia se quedó unos quince minutos sin saber qué hacer y finalmente se marchó a ver qué le pasaba al chico. Se encontró a un Chris Morris muy nervioso que estaba atando un cúter al palo de una escoba.

—¿Cómo está el muchacho, Chris?

—Durmiendo.

—¿Qué haces?

—Voy a salir a pescar a ese lucio.

Nev contempló el cúter, el palo y la red que Morris tenía extendida en el suelo y el alma se le cayó a los pies. Si de algo sabía era de atrapar peces.

—Con eso no lo vas a conseguir.

—No tengo otra cosa. —Chris arrojó el palo y la red en la parte de atrás del coche.

Nev sabía que era una pérdida de tiempo, pues el lucio era uno de los peces más difíciles de atrapar, incluso con un buen equipo de pesca. Pero no podía dejar que Chris fuera solo al estanque.

—Espera, tengo algunos aparejos. Hagámoslo como Dios manda.

Nev cogió un par de cañas y carretes, una red de mano y una caja con equipo de pesca. Avanzaron con estruendo por la pista que conducía al lago con Sam sentado en el asiento de atrás. Ya habían dado las cinco de la tarde. El sol era un disco pálido que flotaba bajo en el cielo y que inundaba el estanque con una luz difusa. Sam les mostró dónde había ocurrido el accidente.

—Por mucho que te pongas a pescar no lo atraparás en siglos —dijo Nev mientras colocaba las cañas.

Chris no le escuchaba. Observaba las oscuras aguas con la red preparada como si creyese que el lucio se vería obligado a saltar dentro de ella.

Sam se dio cuenta de que su padre hablaba todo el rato, pero que el padre de Terry no decía nada. No hacía otra cosa que observar las tenebrosas aguas del estanque. Anocheció. Nev creyó que ya había hecho bastante. Ya no aguantaba más aquel sinsentido.

—Otro día, Chris —dijo—. Otro día.

—Marchaos a casa —contestó el padre de Terry—. Déjame la red, ya te la devolveré.

—¿Estás seguro?

—Seguro.

De modo que Nev y Sam dejaron a Chris Morris escudriñando la oscura orilla del lago y retrocedieron por el sendero a pie.

—¿Atraparé al lucio? —preguntó Sam cuando ya no les podía oír.

—Ni en un millón de años —contestó su padre.

## 2

### Dientes

Si Terry andaba con dificultad, Clive volaba. Clive, el torturador de tritones, era lo que popularmente se conoce como un «niño superdotado». Si su padres hubiesen sido físicos nucleares o catedráticos de Oxford o Cambridge, tal don no habría representado una maldición tan grande para su padre, Eric, que trabajaba duro en la línea de montaje de Humber, o para su madre Betty, que trabajaba a tiempo parcial en el economato local cortando panceta y reponiendo los estantes.

Siempre es difícil tolerar que te corrija de manera agresiva alguien más joven, pero el hábito de Clive de mejorar el imperfecto cúmulo de conocimientos de sus padres comenzó cuando tenía cuatro años, poco antes de que Terry perdiera dos de los dedos del pie por culpa de un lucio. Para cuando Clive fue a la escuela era bien conocido que podía leer el periódico. No se sabía si esto significaba que, como la mayoría de los adultos, se sumergía en los tabloides cada mañana medio adormilado, o que escrutaba los periódicos serios, desde los comentarios políticos hasta los artículos deportivos y por fin completaba el crucigrama antes del desayuno. El caso es que para cuando cumplió cinco años se decía que leía los periódicos.

A los seis entró en un concurso de la NASA para escolares. Yuri Gagarin acababa de completar el primer vuelo espacial; John Glenn hacía otro tanto por los americanos; y la NASA consultaba a niños de seis años en las Midlands sobre su programa espacial. Cómo aquel concurso captó la atención de Clive a tal edad es en sí

un misterio, el caso es que los escolares fueron invitados a sugerir experimentos que podrían ser llevados a cabo por astronautas previsiblemente aburridos mientras orbitaban alrededor del planeta. Clive sugirió que llevaran arañas al espacio para ver si la condición de ingravidez afectaba a la manera en la que tejían las telas. La NASA lo eligió.

Debido a que ganó el concurso de la NASA, Clive y sus padres iban a volar a Cabo Cañaveral para estar presentes en el lanzamiento del siguiente vuelo espacial tripulado. Su foto apareció en el *Coventry Evening Telegraph*, con cara seria junto a una enorme telaraña. Aquello que tanto se celebró en el mundo de los adultos era el tipo de fama que peores consecuencias arrastraba en el patio del colegio. Pronto en la escuela comenzaron a llamarlo «El niño araña» y todos los chicos del patio se lo soltaban. Odiaba el mote tanto que pegaba puñetazos a cualquiera que lo usara, y como consecuencia también le devolvieron unos cuantos.

Caminaban de vuelta a casa desde el colegio —Terry, Clive y Sam, acompañados por la prima mayor de Terry, Linda— cuando Clive le dio un puñetazo a Sam en la boca. Aquello provocó que se le soltara el mismo diente de leche que luego iba a causar tantos quebraderos de cabeza.

—¡Niño araña! —había dicho Sam sin causa aparente.

Clive le soltó un puñetazo en la mandíbula, motivado más por la costumbre que por un enfado genuino.

Sam se quedó paralizado. Clive, que esperaba que se produjera una trifulca, también. Terry se acercó.

—¿Qué pasa?

Sam escupió en la mano un incisivo de leche que tenía un poco de sangre en la raíz.

—Perdona —dijo Clive con sincero horror por lo que había hecho, porque después de todo eran amigos—. Perdona.

—No pasa nada —lo tranquilizó Sam con un ligero temblor—. Ya estaba medio suelto.

La prima Linda, siempre diez metros por delante y mortificada por tener que cuidar de tres pequeñajos, les gritó para que caminaran más deprisa.

—Ponlo debajo de la almohada —dijo Terry—. El duende<sup>1</sup> te dejará seis peniques.

—No hay pruebas que sugieran que tal duende exista —intervino Clive.

—Siempre que he perdido un diente me he encontrado una moneda de seis peniques —gritó Terry.

—Sí, pero ¿obtuviste algo cuando perdiste los dedos? —discutió Clive—. Nada.

—Me pusieron cinco libras en una cuenta de ahorros. Cinco libras.

—Eso lo hizo tu padre —dijo Sam—. Es diferente. A los duendes no les interesan los dedos de los pies. Y, en cualquier caso, el lucio fue el que se llevó los dedos.

—¡Cinco libras! —Terry estaba dolido.

El episodio del lucio lo había dejado ligeramente cojo.

—Hay forma de averiguarlo —insistió Clive—. Ponlo debajo de tu almohada, pero no les digas nada a tus padres.

—¿A qué vienen tantos gritos? —quiso saber Linda cuando llegaron hasta ella.

—A Sam se le ha caído un diente —contestó rápidamente Clive.

—¿Existe el duende que se lleva los dientes? —preguntó Sam.

Rápidamente Linda redefinió la distancia entre ella y el grupo de niños.

—Tú no te lo tragues porque si no te crecerá un árbol de dientes en el estómago.

—¿Qué? —dijeron los tres niños al unísono.

—Un árbol de dientes que te crece en las entrañas —gritó por encima del hombro.

Sam tenía el puño cerrado apretando el diente, como si algún espíritu maligno quisiese doblarle el brazo para hacer que el diente se volviese a introducir en su boca. Guardó silencio durante todo el trayecto.

---

<sup>1</sup> N. del t.: *The Tooth Fairy*, «el hada de los dientes» o «el duende de los dientes», que da título a la novela, es, dentro del folclore anglosajón, el equivalente a nuestro «Ratoncito Pérez». Es obvio que no tendría sentido traducirlo por su homónimo español pues añadiría tintes humorísticos innecesarios y no daría fe del ser, ese duende, que se mostrará fundamental en el desarrollo de la trama. Optamos por dejar duende a lo largo del texto.

Sam nunca mencionó nada a sus padres acerca del incisivo. Si pensaron que estaba muy silencioso aquella tarde, no dijeron nada. En cualquier caso, a Sam se le consideraba un chico distraído, con tendencia a quedarse absorto, a soñar despierto y a permanecer con los ojos abiertos contemplando el vacío de manera poco natural.

—En otro mundo —comentaba a menudo su madre, Connie—. En otro mundo. ¿Crees que el niño es autista?

—¿Autista? —Nev bajó el *Coventry Evening Telegraph*—. ¿Qué es eso de «autista»?

Connie intentó recordar algo que había leído en una revista.

—Bueno, es como estar en la luna todo el rato.

Nev no creía en nada que no pudiese pronunciar. Contempló a su hijo que estaba viendo la tele, con el rostro arrugado mientras realizaba una evaluación somera. Sam, que siempre se daba cuenta de la manera en la que hablaban como si no estuviera presente, fingió no estar escuchando.

—¡Qué va! —dijo su padre mientras volvía a centrar su atención en el periódico.

Aquella noche Sam examinó el diente a la luz de su lamparita de noche. El trozo de marfil estaba ligeramente manchado de amarillo cerca de la raíz. El anillo de sangre seca alrededor de la base le recordó de manera nítida la sensación que sintió al despegarse de la encía. Era una mancha de sangre con forma de dolor. Sam tanteó con la lengua el agujero que el diente le había dejado. Tenía la misma forma dolorosa. Apagó la lamparita y colocó el diente debajo de la almohada.

Unas horas más tarde, se despertó, justo cuando sus padres se iban a la cama. Su madre le hizo una visita. Apenas consciente, notó que tiraba de la manta y le alisaba la almohada. Se dio la vuelta y se quedó dormido.

A mitad de la noche se despertó muerto de frío. La ventana del dormitorio estaba abierta de par en par en mitad de la oscuridad y una leve brisa movía las cortinas. La luna creciente suministraba algo de luz pero que no lo aliviaba. La brisa le trajo una extraña fragancia, familiar aunque difícil de identificar. Era una mezcla de olores, entre los cuales estaba el de la hierba mojada. Aunque no había llovido.

Algo no iba bien. Sam se incorporó.

Había alguien en la habitación.

Se le erizó el pelo. Miró parpadeando la oscuridad inescrutable. La camisa blanca, lista para el colegio a la mañana siguiente, estaba colgada del respaldo de una silla y flotaba en la penumbra. Clavó los ojos en la camisa. Había una figura agachada detrás de la silla. La sorprendente quietud de la habitación parecía hincharse y despellejarse como una capa de piel.

—Sé que estás ahí. Puedo verte.

La figura se puso ligeramente tensa.

Sam estaba asustado, pero en lo profundo de su miedo se sintió, de manera sorprendente, bastante sereno. Aun así le temblaba la voz.

—Es inútil que te escondas. Sé que estás detrás de la silla.

La figura soltó un breve suspiro. Sam no podía distinguir nada detrás de la camisa colgada. *Un ladrón*, pensó. *Es un ladrón*. El intruso se decidió a salir de su escondite. Salió de detrás de la silla mientras enderezaba lentamente la espalda. La cortina de la ventana se elevó. A lo lejos, en mitad de la nada, un perro ladró tres veces. Todo lo que Sam podía discernir era la negra figura de lo que parecía ser un hombre bajito. La sombra se acercó a los pies de la cama.

La voz sonó como un ronco susurro.

—¿Puedes verme? ¿Puedes?

A través de la ventana podía verse la luna delgada como una uña. Apenas iluminaba el rostro del intruso, pero lo que Sam podía adivinar no le gustaba. Dos ojos oscuros, que brillaban como el caparazón negro verdoso de un escarabajo, lo miraban fijamente. Los ojos eran profundos, entrecerrados, amenazantes bajo una mata de pelo negro alborotado. Unos rizos enmarañados encuadraban unos pómulos afilados y una tez morena. A la mente le vino la palabra «mestizo». Sam había oído a los adultos utilizar ese término en un sentido feo que iba más allá de la propia palabra. Ahora que la figura se había acercado, Sam notó que el olor que había reconocido al despertar provenía del ladrón. No le llegaba a través de la ventana. Era el olor del intruso, y además del olor a hierba mojada podía percibir el olor a sudor de caballo, a excrementos de pájaros, y a camomila. El intruso —Sam era incapaz de decidir si era hombre o mujer— de repente ladeó la cabeza y sonrió. Bajo los débiles rayos de la luna una hilera de dientes brilló como una bocanada de luz azul. Los dientes eran perfectos, pero, a menos que se

equivocara, estaban afilados en punta. El intruso, totalmente enderezado, no medía más de un metro veinte, o en cualquier caso, unos centímetros más que Sam. Era difícil ver lo que llevaba aquella criatura en la oscuridad, pero pudo identificar unas mallas de color mostaza y verde, y unas botas pesadas de estilo industrial.

—Sí, puedo verte.

—Eso es malo. Muy malo.

Sam asintió en silencio. No sabía por qué era malo, pero intuía que era mejor darle la razón.

El intruso miraba fijamente a Sam, como si estuviese indeciso sobre lo que hacer a continuación.

—Y puedes oírme. Es obvio, es obvio, es obvio. Malo.

Los afilados dientes brillaron de nuevo bajo la luz de la luna con un color azul eléctrico. Se produjo un leve crujido cuando la figura colocó un dedo en el poste de la cama. Sam sintió que el crujido le llegaba hasta la nuca y le movía el cabello. El intruso descargaba electricidad estática.

Sam tuvo de repente una idea acerca de quién era aquella figura.

—Has venido a por el diente, ¿verdad?

Estaba estupefacto por la aparición del duende. Si alguna vez había pensado en un duende antes de aquella noche, se lo había imaginado como un ser frágil de un palmo de altura, con alas y un sombrero hecho con la capucha de una bellota. No desde luego un matón con unas botas enormes.

—¿Quieres el diente, ¿verdad?

—¡Chsss! ¡No despiertes a toda la casa! ¿Cómo puede ser que me veas? ¿Cómo me has encontrado? No respondas. Espera.

El duende alzó una mano perfectamente arreglada, con cinco dedos de marfil extendidos y un anillo plateado en cada uno de ellos.

—¿Cuántos dedos ves?

—Cinco.

—Esto está mal. Muy mal.

El duende se colocó dos dedos sobre el puente de la nariz. Parecía estar pensando.

—Esta es la peor de todas las situaciones posibles. La peor.

—¿No quieres el diente?

—¿Eh?

—El diente. ¿No lo quieres? —Sam extendió la palma de la mano donde estaba el diminuto incisivo.

El duende se levantó y contempló durante un buen rato el diente que le era ofrecido hasta que por fin lo aceptó. Sam sintió una leve descarga eléctrica con el roce. El duende retrocedió hasta la ventana y alzó el diente bajo la mortecina luz de la luna.

—¿Te das cuenta del problema en el que estamos metidos? ¿Los dos? ¡Me has visto! ¿Sabes lo que eso significa?

El duende giró el diente bajo la débil luz.

—¡No grites! Vas a despertar a papá y a mamá.

—¡Que se jodan!

El veneno que condensaba aquella expresión dejó a Sam estupefacto.

—¡Se lo diré!

El duende se acercó hasta la cama, extendió una mano hacia el rostro de Sam y tapó la boca del muchacho con aquellos dedos que eran tan elegantes y esbeltos como fuertes. De nuevo sintió un pinchazo eléctrico. La mano retorció la fofa carne de los carrillos de manera violenta mientras las uñas se le clavaban en el rostro.

—Y ¿qué les vas a decir?, ¿que has visto a un duende? Van a pensar que estás como una puta cabra. ¿Sabes lo que les hacen a los locos?

En la habitación de al lado se produjo un sonido sordo y se oyeron unos muelles de cama.

La mano se apartó.

—¡Joder! —dijo el duende mientras se subía a la cama y colocaba una gran bota negra en el alféizar—. Me largo.

—¡Espera! ¡No me has dado nada! ¡Por el diente!

El duende lo miró sorprendido. Lanzó otra mirada a la ventana por la que había entrado y pareció atrapado durante un instante mientras se debatía entre escapar o cumplir un contrato inquebrantable. Oyeron pasos que se acercaban desde la habitación contigua. Tras rebuscar de manera nerviosa en un bolsillo, el duende sacó una moneda de plata de seis peniques y la lanzó al aire. La moneda parpadeó a la luz de la luna haciendo giros mientras caía. Los seis peniques aterrizaron suavemente sobre la almohada antes de desaparecer limpiamente a través de ella. Sam deslizó una mano por debajo pero se detuvo cuando el duende le gritó de forma violenta.

—Déjala hasta por la mañana, mocoso. ¡Ya me has oído! No la toques hasta mañana.

Se oyó el quejido de una bisagra, y la madera del suelo crujió. El duende se alzó sobre el alféizar.

—¿Te veré de nuevo? —preguntó Sam.

—Desearás no haberme visto nunca.

El duende saltó por la ventana justo cuando se abría la puerta del dormitorio de Sam. La luz del pasillo se coló en el interior. Era su madre, que encendió la lamparita de noche.

—¿Estás bien, Sam? Me ha parecido que hablabas en sueños. ¿Has abierto tú la ventana?

La cerró y echó las cortinas. Le alisó de nuevo la almohada y lo besó en la frente antes de estirar las mantas.

—Vuelve a dormir —dijo.

### 3

## Niebla

Ya que la caravana de su primo estaba de camino, Linda *la Larguirucha* recogía a Terry cada mañana para acompañarlo al colegio. Entonces Terry insistía en recoger primero a Sam y luego a Clive para juntos rezagarse en los últimos metros de la caminata. A Linda aquello no le gustaba. Tenía casi once años y sentía de manera aguda e intuitiva cómo un misterioso velo se retiraba. El velo que daría paso al estado sublime y trascendental de la edad adulta. Pero tal intuición le hacía actuar de modo extraño. Últimamente le había dado por llevar al colegio guantes blancos de encaje todos los días. Sus padres resumían su estado como «depresivo». Cuando no la llamaban Linda *la Larguirucha*, la llamaban Linda *la Deprimida*.

Era doloroso para ella, que se tambaleaba en el umbral de la madurez, tener que acompañar a cuatro mocosos feos y gritones al colegio y traerlos también de vuelta, de modo que la perspectiva del comienzo y del final del día y de todo lo que sucedía en medio quedaba estropeada. Era como un castigo exquisito asignado por los dioses de la Grecia clásica. Los chicos siempre estaban diez o quince metros detrás de ella, como un lastre, gritando insultos, mancillando la deslumbrante pureza de sus blanquísimos guantes.

—¡Vais a llegar tarde! —gritó Linda—. ¡Llegamos tarde al colegio!

Una niebla de principios de otoño cubría los campos, los setos y las aceras como una muselina. Las casas, las paradas de autobús y los postes de telégrafos habían perdido definición. Aquel mundo gris metálico carente de sangre necesitaba una transfusión de color. Pero los setos estaban llenos de telas de araña a modo de lentejuelas y joyas, tenues

redes que goteaban esferas plateadas de rocío. Aquella mañana, Linda cometi6 el error de doblar una ramita para hacer un lazo. Se trataba de una herramienta para recoger telarañas de los setos.

—Mirad —dijo—. Alas de hadas.

Los tres chicos se quedaron impresionados por aquel truco. Linda se sintió tan animada de que los chicos se hubiesen dado cuenta de todo el saber que podía ofrecer, que les enseñó a fabricar aros con ramitas de modo que pudiesen recoger las telas de hada ellos mismos.

—¡Tarde! ¡Tarde! ¡Llegaréis tarde! —gritó de nuevo.

Tenían la clara intención de extirpar de manera concienzuda las telarañas de un tramo de setos de doscientos metros. Entre ellos se implantó una especie de competición mientras se daban codazos, se giraban, se daban golpes y se tambaleaban. La escena parecía una revuelta o un saqueo, en el que los chicos eran responsables de una catástrofe ecológica local.

—¡Basta! —bramó Linda.

Ellos la ignoraron.

—¡Bastaaaaa! ¡Bastaaaaaaaaa!

Pararon. Linda estaba roja. Los chicos la miraron asombrados. Pero ahora que había conseguido llamar su atención no sabía qué decirles.

—Si cogéis demasiadas telarañas —dijo—, ya sabéis lo que pasa.

—¿Qué? —preguntó Sam—. ¿Qué pasa?

Era obvio que Linda estaba improvisando.

—Alas de hada. No quedará nada, para las hadas... con lo que hacérselas.

—¡Ja! —soltó Terry y lanzó una pequeña bola blanca de escupitajo a la alcantarilla.

—Y —continuó Linda casi gritando— las arañas atrapan moscas.

—¿Y? —dijo Clive.

—Que habrá una epidemia de moscas. Millones y millones de moscas. Y ya sabéis lo que eso significa.

—¿El qué? —dijo Sam.

—¿El qué? —dijo Terry.

—Una plaga. —Linda se giró y avanzó hacia el colegio.

Se detuvo tras unos cuantos metros y se dio la vuelta. Los tres chicos la miraban con los ojos abiertos como platos.

Clive fue el que rompió el silencio. Clive, en momentos como aquel, tenía una sonrisa parecida al cordón de un balón de rugby antiguo. A cualquiera se le perdonaría que quisiese patearla.

—¿Estás segura? —dijo con aire desafiante.

Linda sintió cómo le ardían las mejillas. Con celeridad se colocó los guantes blancos de encaje sobre el rostro. Entrecerró los ojos y sonrió con maldad.

—La peste bubónica. Si no me creéis, probad a ver qué pasa. Vamos.

Había conseguido ganar la discusión. Linda se giró de nuevo y avanzó a paso rápido. Los chicos se apresuraron tras ella, escarmentados y en silencio. Una vez llegaron hasta la tienda de caramelos, un momento antes del colegio, abandonaron los aros llenos de telarañas grises. En cualquier caso las telas habían perdido toda su belleza. Ya no eran plateadas, delicadas, ni brillaban. Justo cuando se oyó la campana que sonaba en el patio, fueron abandonadas en la cuneta junto a los sucios envoltorios de caramelos y a las hojas muertas.

## 4

### Ojos

Sam se despertó por el frío. La ventana del dormitorio estaba abierta y el frescor del otoño se había instalado en la habitación como una cobertura de azúcar glasé. En el exterior, las estrellas estaban esparcidas sobre la negra oscuridad, y la luna se consumía en su cuarto decreciente. La habitación se vio inundada por exuberantes fragancias nocturnas, el olor de las frutas maduras caídas de los ciruelos del jardín, de hojas podridas por la lluvia. Estos olores se habían adherido a las botas de la figura que estaba en cuclillas al otro extremo de la habitación.

Sam sintió un escalofrío. Pero el duende parecía exhausto. Él o ella, Sam aún no era capaz de decidirse, se agarraba una rodilla. Uno de los pies sobresalía de los conocidos pantalones a rayas mostaza y verde, mostrándole la suela grabada de una enorme bota. La débil luz de la luna danzaba en los brillantes ojos que habían estado observando a Sam durante un tiempo.

—Tenemos problemas.

Sam se incorporó.

—¿Por qué?

Siempre que intentaba hablarle al duende el corazón se le hinchaba y la lengua se le pegaba al paladar.

—¿Has tenido alguna vez problemas?

Sam pensó la respuesta. Sabía lo que era escuchar una voz que le gritaba. Incluso sabía lo que era sentir un tortazo tan vigoroso como para dejarle una enorme huella rojiza en la parte trasera de la pierna.

—Sí.

—Me refiero a un problema grave. Me refiero a estar de mierda hasta el cuello.

Cuando los otros chicos en el colegio utilizaban la palabra «mierda», no significaba nada. Cuando a veces había oído a adultos utilizar tal lenguaje, y la criatura de la habitación hablaba como un adulto aunque no lo pareciera, entonces la palabras asustaban. Se volvían reales.

—No he hecho nada.

La criatura resopló.

—«No he hecho nada» —lo imitó con crueldad.

El duende tenía el hábito de sofocarse con su propio humor cínico, de modo que algunas palabras se escurrían con una leve tos.

—¿Quieres saber lo que has hecho? Me has visto, eso es lo que has hecho. Aún me ves. Eso es suficiente, mocosete. Ya has hecho bastante.

—No puedo evitarlo.

—Joder.

Al decir «joder», los dientes de la criatura quedaron al descubierto. Como antes, pudo ver una hilera de dientes perfectos acabados en punta. El esmalte brilló con una mortecina luminosidad azul. El duende lanzó un pequeño escupitajo sobre la moqueta.

—¿Eres un chico o una chica?

El duende lo miró fijamente durante largo tiempo.

—¿Quieres que te haga daño?

—Solo quería saberlo.

—Si me preguntas eso otra vez te arrancaré la cara de un mordisco. Lo digo en serio.

El duende estaba sentado entre él y la puerta. Sam sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Quiso llamar a su madre, pero tenía demasiado miedo de la bestia que había en la habitación.

—Tranquilo. Simplemente fingía el cabreo. Joder. Lo siento. Cálmate. Tengo que pensar en cómo podemos salir los dos de esta. Iba en serio cuando te dije que estamos en un apuro. Ocurrirán cosas malas si no tenemos cuidado. Cosas malas.

El duende se puso en pie. Estaba nervioso, se movía de acá para allá mientras tocaba las cosas de Sam. Deslizó un largo y elegante dedo lleno de anillos por el balón de fútbol. Le dobló la oreja a su conejo de peluche.

Al tropezar con el castillo de plástico de las cruzadas que había en el suelo, el duende lo pateó con saña, lanzándolo por el suelo mientras los soldados de juguete salían despedidos de sus puestos.

—Encontré los seis peniques —dijo Sam sin convicción—. Bajo la almohada, la mañana después de tu visita.

El duende dejó escapar un débil aullido de rabia y exasperación, mientras clavaba las uñas de una mano en la palma de la otra. Sam se horrorizó al ver que el duende había hecho que brotara sangre.

—¡Joder! ¡Joder! ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué? ¿Sabes que cuando descubrí que podías verme estuve a punto de sacarte los ojos? ¡Casi lo hice! ¡Podría hacerlo ahora mismo!

La criatura alargó un tembloroso dedo hacia Sam mientras hablaba. Se produjo una explosión de furia, que se extendió por la habitación. Saltó sobre la cama de Sam y lo sujetó con sus huesudas rodillas. Se inclinó sobre él y exhaló con brusquedad. El aliento golpeó a Sam en el ojo derecho. Otra vez pudo distinguir un olor a cuadra y a excrementos de pájaros mezclado con el de los ciruelos y la hierba recién cortada. Sintió una sensación aguda y dolorosa en el ojo.

Sam chilló. Era demasiado. El terror lo inundó.

—¡Mamá! ¡Buaaaaaaa! ¡Papá! —El grito ascendió hasta hacerse muy agudo.

El duende se apartó horrorizado.

—¡No, no, no! No debí haber hecho eso. ¡Tendré que pagar por ello! ¡No, no, no! ¡Deja de gritar! ¡Deja de gritar!

—¡Buaaaaaaa!

En la otra habitación se oyeron movimientos. Un golpe sordo. El duende colocó sus dedos llenos de anillos sobre la boca de Sam.

—¡Detente! Si se lo cuentas, será peor para los dos.

La puerta del dormitorio de los padres chirrió. Sonaron pisadas apagadas en el pasillo entre ambas habitaciones. El suelo de madera crujió. Sam mordió con fuerza los dedos que le tapaban la boca. El duende retrocedió estupefacto mientras observaba las marcas de dientes en forma de media luna sobre sus dedos. Dirigió la vista hacia la puerta del dormitorio.

—¡No se lo digas! —siseó la criatura antes de saltar al alféizar—. ¡Ni se te ocurra!

Tras lo cual escapó hacia la noche.

La puerta del dormitorio se abrió y el cuarto se llenó de luz. Era su padre, con el pelo enmarañado, sin afeitarse, y con unos ojos que parecían canicas desenterradas del jardín.

—¿A qué vienen tantos gritos?

Sam intentó hablar pero le faltaba el aliento. Intentó decir:

—El duende.

Pero todo lo que salió de su boca fue un sollozo convulso. Estaba hiperventilando.

—Venga, Sam. Has tenido una pesadilla. Una pesadilla. Ya se ha ido, ¿vale? No pasa nada. No pasa nada. —Su padre le acarició el pelo—. Estás empapado, mozalbete. Empapado. Venga, vuelve a dormir, no pasa nada.

Su padre alzó la vista hacia la ventana mientras arreglaba las sábanas.

—Hace un frío que pela aquí. No me extraña.

Cerró la ventana y echó el pestillo.

—Deja la luz encendida —dijo Sam.

Su padre dudó.

—Dejaré la luz del pasillo encendida y la puerta abierta. Si no, no te vas a dormir.

Sam cerró los ojos como accediendo y los volvió a abrir en cuanto se fue su padre. Salió como pudo de la cama y miró a través de la ventana. La luna brillaba pálida sobre los tejados de pizarra grisáceos de las casas cercanas. Dejó que la cortina cayese y se giró para recoger el castillo de juguete. Tenía un lateral roto. Sus maltrechas tropas compuestas por cruzados de todo tipo, caballería de los Estados Unidos, paracaidistas e indios pieles rojas estaban desperdigadas por el suelo, derrotadas por el ejército de las pesadillas. Los dejó morir allí donde habían caído.

El ojo de Sam, que había sido rociado por los nocivos vapores del duende, estaba irritado. Volvió a la cama y tras un rato se durmió de nuevo.

La noche siguiente a la segunda aparición del duende, Sam estaba hundido en un sillón, contemplando en silencio un libro de ilustraciones. Se dio cuenta de que su madre lo miraba fijamente. Alzó la vista

hacia ella, pero ella no apartó la mirada. Tampoco sonrió, de modo que volvió a clavar los ojos en las ilustraciones, aún consciente, gracias a su visión periférica, de la atención de su madre.

—Ese chico tiene bizquera —oyó que su madre susurraba.

Nev gruñó de manera apática desde detrás del periódico.

—En serio —insistió Connie—, mira.

El periódico bajó lentamente, hasta que los ojos y la nariz de Nev aparecieron por encima de los titulares.

—¿Qué?

Sam fingió no darse cuenta de aquella atención.

—El ojo derecho. Se gira ligeramente hacia adentro.

—¿Y qué?

—Habría que echarle un vistazo.

Derrotado, Nev dejó que el periódico se posase en su regazo.

—Cuando no es artista, es autista, o comoquiera que se diga esa maldita palabra. Y cuando no tiene articulaciones dobles, es ciego de un puñetero ojo.

—No he dicho que esté ciego. He dicho que tiene bizquera.

—¿Por qué no dejas al chico en paz en lugar de estar todo el día criticándole y chinchándole?

Era imposible detener a Connie.

—Sam. Deja el libro. Ahora mírame. Ahora mira a la puerta sin mover la cabeza.

Sam hizo lo que le ordenaban. Su madre se acuclilló junto a él, tenía los ojos como un búho, llenos de autoritaria preocupación. Su padre parecía resignado y compasivo.

—No —insistió Connie—. Tienen que mirárselo.